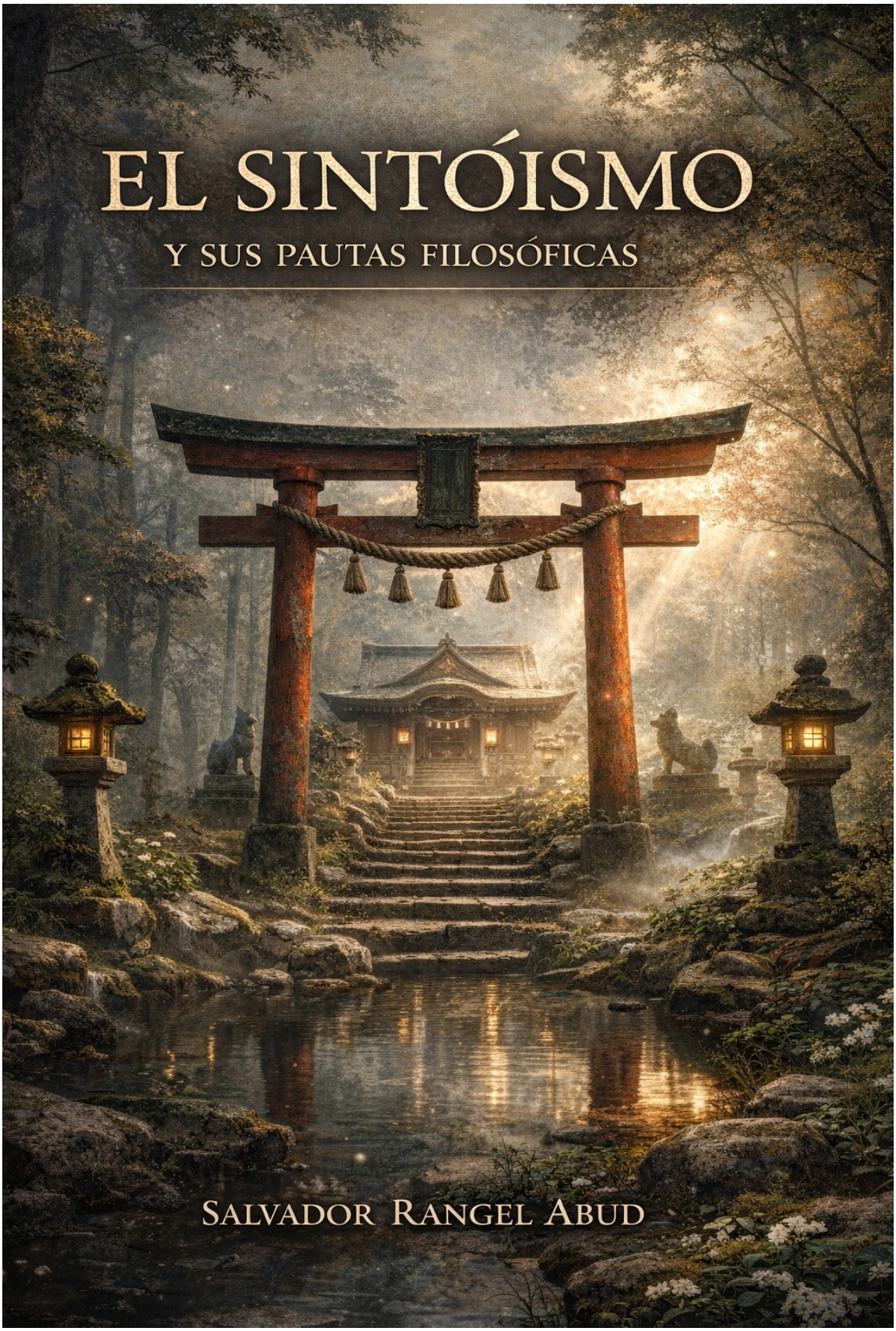
EL SINTÓISMO
Y SUS PAUTAS FILOSÓFICAS
Salvador Rangel Abud

## SINOPSIS

Imagínese por un momento que lo sagrado no está en ningún lugar especial. Que no hay que buscarlo en una catedral, ni en un texto revelado, ni en la figura de un profeta que vino a decir la verdad de una vez y para siempre. Imagínese que lo sagrado está en la montaña que se ve desde la ventana, en el río que cruza el valle, en el árbol que lleva cien años creciendo en el mismo sitio.

Eso, en términos muy aproximados, es el sintoísmo.

Este ensayo es una introducción a una de las tradiciones filosóficas y religiosas más antiguas de la humanidad, escrita para quien nunca ha pisado un santuario y no necesita haber lo hecho. Desde el origen prehistórico del pueblo japonés en un archipiélago volcánico y sísmico, hasta los conceptos centrales de los *kami*, el *kegare*, el *wa* y la ética relacional que de ellos se desprende, el texto recorre con claridad y profundidad una visión del mundo donde la naturaleza es sagrada, el yo es fundamentalmente relacional, y lo espiritual no vive en ningún lugar separado sino en la textura misma de la vida ordinaria.

Un ensayo divulgativo que no simplifica lo que no puede simplificarse, sino que lo hace comprensible.

## ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Este ensayo contiene filosofía accesible, historia del Japón antiguo, conceptos en japonés explicados con cuidado, y una sección honesta sobre la instrumentalización política del sintoísmo durante el siglo XX que no puede ignorarse si se quiere entender la tradición con integridad.

## SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctor en ciencias, además de escritor aficionado.

## DETALLES DE PUBLICACIÓN

**Título:** El camino de los dioses: una introducción al sintoísmo

**Autor:** Salvador Rangel Abud

**Género:** Ensayo filosófico / Divulgación / Historia de las religiones

**Extensión:** ~2,600 palabras aproximadamente

**Estructura:** Ensayo en siete secciones temáticas

**Ambientación:** Japón, desde la prehistoria hasta el presente

**Idioma:** Español

**Año de publicación:** 2026

**Plataforma:** Internet Archive — Acceso abierto

**Contacto:** wrangel.1352@gmail.com

## NOTA DEL AUTOR

Este ensayo nació de una pregunta sencilla: ¿cómo explicarle el sintoísmo a alguien que creció dentro de los marcos conceptuales de Occidente? La respuesta exigió no añadir información sino desaprender algo primero: la idea de que toda religión necesita un libro sagrado, un fundador y una promesa de salvación. El sintoísmo no tiene ninguna de esas cosas. Tiene algo diferente: una manera de estar en el mundo que lleva más de diez mil años siendo practicada en las mismas islas volcánicas del Pacífico norte. Eso, por sí solo, merece atención.

## LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

**Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

## PALABRAS CLAVE

sintoísmo · Japón · kami · filosofía oriental · religión · naturaleza · armonía · wa · kegare · misogi · Jōmon · Yayoi · espiritualidad · ecología · ensayo filosófico · divulgación · Lejano Oriente

## TEMAS PRINCIPALES

El ensayo explora la ontología sintoísta, donde lo sagrado y lo natural no son categorías separadas sino una misma realidad vista desde ángulos distintos. Examina la ética de la armonía como alternativa a la ética normativa occidental, la concepción del yo como nodo relacional más que como individuo autónomo, y la relevancia del sintoísmo para los debates contemporáneos sobre ecología, comunidad y espiritualidad cotidiana. Incluye también un análisis honesto de la instrumentalización política de la tradición durante el período imperial japonés del siglo XIX y XX.

## CITAS DESTACADAS

"El mundo entero es sagrado y la tarea del ser humano no es encontrar a Dios sino aprender a reconocer lo divino en lo que ya tiene."

"El sintoísmo no tuvo nombre durante la mayor parte de su historia. Era simplemente la manera en que aquella gente se relacionaba con el mundo."

"*Wa* no es la ausencia de conflicto. Es el equilibrio activo entre fuerzas diversas, la tensión sostenida que permite que distintas realidades coexistan sin que ninguna destruya a las demás."

"El edificio sagrado no pretende dominar el paisaje sagrado: es una respuesta al paisaje, una manera de reconocer que lo sagrado ya estaba ahí antes de que el ser humano llegara."

"No una doctrina. Una práctica. No una respuesta. Una manera de preguntar."

## COMPARACIONES FILOSÓFICAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en este ensayo un territorio de diálogo productivo.

Daisetz T. Suzuki (*El zen y la cultura japonesa*): la exploración de la sensibilidad estética y espiritual japonesa como forma de conocimiento que no requiere conceptualización abstracta.

Alan Watts (*El camino del zen*): la introducción occidental a tradiciones orientales con rigor filosófico y claridad literaria.

Arne Næss (*Ecología, comunidad y estilo de vida*): la ecología profunda como marco ético donde los seres vivos tienen valor intrínseco independiente de su utilidad humana, argumento que el sintoísmo anticipa por milenios.

## PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Puede una tradición religiosa carecer de dogma y seguir siendo una tradición religiosa, o el dogma es constitutivo de lo que llamamos religión?

El sintoísmo concibe el yo como nodo en una red relacional, no como individuo autónomo. ¿Qué implicaciones tiene esa concepción para los debates contemporáneos sobre identidad, comunidad y soledad?

La noción de *kegare* distingue la impureza circunstancial de la culpa moral. ¿Qué diferencia hace filosóficamente esa distinción para la manera en que una comunidad trata a quienes han cometido errores?

El sintoísmo fue instrumentalizado como ideología de superioridad durante el militarismo japonés del siglo XX. ¿Puede una tradición basada en la armonía resistir la manipulación sin principios explícitos que la regulen?

Si lo sagrado está en la naturaleza y no en un lugar separado, ¿cambia eso la manera en que una persona debería relacionarse con un bosque, un río o una montaña en su vida cotidiana?

## CÓMO CITAR ESTA OBRA

**APA:** Rangel Abud, S. (2026). *El camino de los dioses: una introducción al sintoísmo*. Internet Archive. https://archive.org

**MLA:** Rangel Abud, Salvador. *El camino de los dioses: una introducción al sintoísmo*. Internet Archive, 2026.

**Chicago:** Rangel Abud, Salvador. *El camino de los dioses: una introducción al sintoísmo*. Internet Archive, 2026.

## OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento cuarenta obras publicadas. Su producción abarca la novela histórica, la ficción

especulativa, el thriller científico, la comedia negra, la sátira política, el drama psicológico, la novela de ideas y el ensayo filosófico. Entre sus entregas más recientes se encuentran *Sor Juana Inés de la Cruz: el ser humano como construcción*, ensayo filosófico sobre la imposibilidad de capturar lo humano en ninguna definición, y *La leyenda de Don Juan Manuel de Solórzano*, novela de misterio e historia colonial.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

**MENSAJE FINAL**

El sintoísmo no pretende ser una respuesta universal. No tiene vocación misionera, no aspira a convertir a nadie. Lo que ofrece es algo más modesto y, quizás por eso, más duradero: una manera de mirar el mundo que recuerda que la naturaleza no es un recurso, que el yo no está solo, y que lo sagrado no vive en ningún lugar especial sino en la pausa que ocurre entre dos palmadas frente a un santuario de madera en un bosque de cipreses japoneses.

Ese silencio lleva diez mil años diciéndole algo al ser humano. Vale la pena escucharlo.

# EL SINTOÍSMO

## JAPÓN

### Un pueblo forjado por el archipiélago

Para entender por qué el sintoísmo es lo que es, hay que entender primero dónde nació. Japón no es un lugar cualquiera: es un archipiélago volcánico en el extremo oriental de Asia, una cadena de cuatro islas grandes y miles de pequeñas suspendidas entre el mar y el cielo del Pacífico norte.

Un lugar donde la tierra tiembla con una frecuencia que en cualquier otra parte del mundo habría desalentado el asentamiento humano permanente, donde los volcanes se despiertan sin aviso, donde los tifones del Pacífico llegan cada año con la puntualidad de quien sabe que no puede ser ignorado, donde el mar puede ser en un mismo día fuente de alimento y fuente de muerte.

Difícil imaginar un escenario más propicio para que una comunidad humana desarrollara una relación de reverencia profunda, casi instintiva, con las fuerzas del mundo natural.

Los primeros seres humanos llegaron al archipiélago hace al menos treinta mil años, cuando los niveles del mar eran suficientemente bajos como para que existieran puentes terrestres entre las islas y el continente asiático. Cuando el final de la última era glacial, hacia el año diez mil antes de nuestra era, elevó los mares y separó definitivamente las islas del continente, aquellos grupos humanos quedaron aislados en un mundo que era, desde entonces, exclusivamente suyo.

El resultado de ese aislamiento prolongado fue uno de los experimentos culturales más singulares de la historia de la humanidad.

El período que los arqueólogos llaman Jōmon, cuyo nombre viene de la cerámica con marcas de cuerda que sus habitantes producían, se

extendió desde aproximadamente el catorce mil quinientos antes de nuestra era hasta el trescientos antes de nuestra era: más de diez mil años de historia continua en el mismo archipiélago.

No eran, como podría suponerse, cazadores-recolectores nómadas y primitivos. Su cultura espiritual era considerablemente compleja, reflejada en los círculos de piedras que funcionaban como espacios ceremoniales, en las figuras de arcilla de factura elaborada y en los objetos rituales que la arqueología ha ido recuperando.

Construyeron poblados permanentes, desarrollaron técnicas sofisticadas de aprovechamiento de los recursos marinos y forestales, y produjeron algunas de las cerámicas más antiguas conocidas en el mundo. La cultura Jōmon forma el sustrato de la cultura japonesa, y la gente de Jōmon son el origen del pueblo japonés de nuestros días.

Lo que más importa para entender el sintoísmo, sin embargo, no son los objetos que dejaron sino la relación que tuvieron con el mundo en que vivían. Una comunidad que durante diez mil años dependió de la pesca, la caza y la recolección en un entorno tan imprevisible como el archipiélago japonés desarrolla inevitablemente una sensibilidad particular hacia la naturaleza: no la de quien la observa desde afuera, sino la de quien sabe que vive dentro de ella y que su supervivencia depende de aprender a escucharla.

Los primeros rituales que la arqueología nos permite vislumbrar eran probablemente esto: intentos de comunicarse con esas fuerzas, de honrarlas para que fueran benévolas, de entender sus patrones para poder anticiparlos. No tanto religión en el sentido doctrinal como una tecnología de la atención, una manera de estar en el mundo con los sentidos completamente abiertos.

Hacia el trescientos antes de nuestra era llegó al archipiélago una nueva ola migratoria procedente del continente asiático, principalmente de la península coreana. Estos nuevos llegados, que los arqueólogos llaman Yayoi, trajeron consigo el cultivo del arroz irrigado, la metalurgia del bronce y el hierro, y nuevas formas de organización social.

La mezcla de las dos poblaciones, la Jōmon originaria y la Yayoi inmigrante, es el origen genético y cultural del pueblo japonés: la identidad japonesa es el resultado de una fusión biológica y cultural ocurrida hace más de dos mil años, algo que las investigaciones genéticas más recientes han confirmado con una precisión que hubiera asombrado a los propios protagonistas de esa mezcla.

Pero lo que aquí importa es lo que ocurrió cuando esas dos tradiciones se encontraron. La llegada del arroz cambió la relación con el mundo natural de una manera que tiene consecuencias directas sobre el sintoísmo. Una comunidad de cazadores-recolectores vive de lo que el bosque y el mar dan cada día: su relación con la naturaleza es de gratitud y negociación constante, pero también de inmediatez.

Una comunidad de agricultores de arroz vive en una relación diferente y más compleja con la tierra: la trabaja durante meses con una dedicación meticulosa, riega los campos con sistemas de irrigación que requieren cooperación colectiva, espera con ansiedad las lluvias en la temporada correcta y teme las inundaciones en la temporada equivocada.

El sol, la lluvia, el viento, los ríos, la propia tierra: todo eso tiene ahora un peso existencial que una mala temporada puede convertir en hambre colectiva. La naturaleza deja de ser solo el entorno y se convierte en el socio principal de la empresa humana, el actor más poderoso del drama en que la comunidad entera está permanentemente en juego.

En ese contexto, la reverencia hacia las fuerzas naturales no es una elección filosófica sino una respuesta racional a la experiencia vivida. El agricultor japonés que ve cómo un tifón destruye en una noche el trabajo de un año entero no necesita que nadie le explique que la naturaleza es poderosa y merece respeto: lo sabe en el cuerpo, en el estómago, en la memoria de sus padres y de los padres de sus padres.

Y de esa experiencia acumulada durante generaciones nace la convicción, que el sintoísmo articulará más tarde en términos filosóficos, de que esas fuerzas no son ciegas ni indiferentes, de que tienen una presencia, una personalidad, una manera de ser que el ser humano puede aprender a reconocer aunque nunca pueda controlar del todo.

Ese fue el suelo en que germinó lo que hoy llamamos sintoísmo: no una doctrina elaborada en una mesa de trabajo sino una respuesta viva de un pueblo a las condiciones de su existencia.

Una respuesta que tardó miles de años en tomar la forma que reconocemos, que no tuvo nombre durante la mayor parte de su historia, y que sin embargo determinó la manera en que ese pueblo entendía el mundo, se relacionaba con sus muertos, celebraba sus cosechas, temía sus tormentas y encontraba sentido en su vida cotidiana.

## EL CAMINO DE LOS DIOSES

### Una introducción al sintoísmo para quien nunca ha pisado un santuario

Imagínese por un momento que lo sagrado no está en ningún lugar especial. Que no hay que buscarlo en una catedral, ni en un texto revelado, ni en la figura de un profeta que vino a decir la verdad de una vez y para siempre. Imagínese que lo sagrado está en la montaña que se ve desde la ventana, en el río que cruza el valle, en el árbol que lleva cien años creciendo en el mismo sitio, en el silencio que hay entre dos personas que se conocen bien. Imagínese, en suma, que el mundo entero es sagrado y que la tarea del ser humano no es encontrar a Dios sino aprender a reconocer lo divino en lo que ya tiene.

Eso, en términos muy aproximados y con toda la imprecisión que cualquier aproximación implica, es el sintoísmo.

Es una de las tradiciones religiosas y filosóficas más antiguas de la humanidad, y también una de las más difíciles de explicar a quien creció dentro de los marcos conceptuales de Occidente. No porque sea especialmente complicada, sino porque su dificultad es de otro tipo: no requiere entender algo nuevo, sino desaprender algo viejo.

Requiere soltar, aunque sea temporalmente, la idea de que la religión debe tener un libro sagrado, un fundador, una promesa de salvación, y una distinción clara entre lo divino y lo humano. El sintoísmo no tiene ninguna de esas cosas, o las tiene de formas tan distintas a las que conocemos que casi no las reconocemos cuando las vemos.

Y sin embargo, ha sobrevivido durante milenios. Ha dado forma a la cultura, el arte, la arquitectura, la ética y la sensibilidad estética de un país entero. Sigue siendo hoy, en el Japón del siglo XXI, una presencia viva que millones de personas practican no necesariamente con la conciencia de estar haciendo algo religioso, sino con la naturalidad de quien hace lo que siempre ha hecho y que le parece simplemente la manera correcta de estar en el mundo.

Esa naturalidad, esa ausencia de drama doctrinal, es quizás la primera cosa que hay que entender sobre el sintoísmo.

## QUÉ ES EL SINTOÍSMO

### El nombre y el problema de traducirlo

La palabra sintoísmo viene del japonés *Shintō*, que puede traducirse como el camino de los dioses o, con más precisión, el camino de los *kami*. Esa segunda traducción es más honesta porque introduce de inmediato el problema central: *kami* no significa dioses en el sentido en que ese término funciona en las tradiciones monoteístas o incluso en el politeísmo griego o romano.

Los *kami* no son seres superiores que viven en un plano separado del mundo humano, que dictan leyes y juzgan conductas y deciden destinos. Son algo más difuso, más inmediato y, en cierto sentido, más inquietante: son presencias, energías, manifestaciones de lo sagrado que habitan en todos los aspectos del mundo visible.

Una montaña puede ser un *kami*. Un río puede serlo. Un árbol particularmente antiguo, un fenómeno meteorológico extraordinario, un antepasado cuya memoria sigue viva en su comunidad, incluso ciertas emociones colectivas que una comunidad experimenta en momentos de crisis o de celebración.

El número de *kami* en la tradición sintoísta se estima convencionalmente en ocho millones, una cifra que no debe tomarse literalmente sino como expresión de la idea de que lo sagrado no tiene número: está en todas partes, en todo, de maneras que ningún catálogo podría agotar.

Esta concepción introduce una ontología, una manera de entender qué existe y cómo existe, radicalmente diferente a la occidental. En la mayoría de las tradiciones religiosas que Europa y el mundo mediterráneo produjeron, hay una distinción fundamental entre lo natural y lo sobrenatural: Dios está por encima de la naturaleza, la trasciende, la creó desde afuera.

En el sintoísmo no hay esa separación. Lo sagrado y lo natural son la misma cosa vista desde ángulos distintos. No hay un más allá: hay un aquí que es infinitamente más rico y más vivo de lo que la mirada ordinaria alcanza a percibir.

## UNA TRADICIÓN

### Nació antes de saber que era una tradición

Las raíces del sintoísmo se pierden en la prehistoria del archipiélago japonés, en las prácticas animistas y rituales de las primeras comunidades que poblaron esas islas.

Comunidades que dependían de la naturaleza con la inmediatez radical de quien no tiene tecnología que lo separe de ella, que sabía que la lluvia o la sequía, la fertilidad del suelo o la furia del mar determinaban la vida o la muerte, y que desarrolló en consecuencia una relación con el mundo natural que no era de dominio sino de escucha, de negociación, de respeto activo.

Esas prácticas no tenían nombre. No eran todavía el sintoísmo en ningún sentido institucional. Eran simplemente la manera en que aquella gente se relacionaba con el mundo.

El nombre llegó después, cuando el contacto con el budismo, que llegó a Japón procedente de China y Corea aproximadamente en el siglo VI de nuestra era, hizo necesario distinguir la tradición autóctona de la importada. El sintoísmo, en cierto sentido, tomó conciencia de sí mismo al verse desde afuera por primera vez.

Los textos que intentaron recoger y sistematizar esa tradición, el *Kojiki* y el *Nihon Shoki*, escritos en el siglo VIII, no son escrituras sagradas en el sentido de la Biblia o el Corán. Son recopilaciones de mitos, genealogías y relatos del origen de Japón y de su familia imperial, escritos con una finalidad que era tanto política como religiosa: consolidar la identidad de un Estado y legitimar la autoridad de sus gobernantes vinculándola con los *kami*.

Tienen valor extraordinario como documentos culturales, pero no funcionan como un código moral ni como una revelación doctrinal. El sintoísmo, incluso cuando adquirió textos, siguió siendo esencialmente una práctica, una experiencia, una forma de vida.

## LA PUREZA

### Que no es moralidad

Una de las cosas que más sorprende a quien se acerca al sintoísmo desde una perspectiva occidental es su ausencia de un concepto equivalente al pecado original. En la tradición cristiana, el ser humano nace marcado por una falta que precede a cualquier decisión individual y que define su condición fundamental: necesita salvación.

En el sintoísmo no existe nada semejante. El ser humano no es una criatura caída que debe redimirse: es una manifestación de los *kami*, inherentemente digna, inherentemente parte del tejido sagrado del mundo.

Lo que sí existe en el sintoísmo es la noción de *kegare*, que suele traducirse como impureza pero que es importante distinguir de la culpa moral. La impureza sintoísta es circunstancial, no esencial: puede surgir del contacto con la muerte, con la enfermedad, con ciertas acciones que rompen el equilibrio del entorno.

Pero no define al ser humano que la experimenta. No lo condena. Es simplemente un estado transitorio, una condición que puede corregirse a través de rituales de purificación llamados *misogi* o *harae*.

El *misogi* más conocido consiste en la ablución con agua, que es al mismo tiempo un gesto físico y un acto espiritual: lavar el cuerpo es también renovar la presencia del *kami* en uno mismo, restablecer la conexión con ese tejido de lo sagrado del que la impureza nos había alejado temporalmente.

Hay algo profundamente humano y al mismo tiempo filosóficamente sofisticado en esta concepción: la vida no es una lucha contra una culpa irreparable sino un proceso continuo de renovación, un ritmo de alejamiento y regreso que no tiene punto de llegada definitivo porque lo que importa no es llegar sino continuar.

Esta visión tiene implicaciones éticas que vale la pena subrayar. Si no hay pecado original, la ética sintoísta no puede basarse en la obediencia a una ley dictada por un Dios que castiga la transgresión. Se basa en algo diferente y más sutil: en la sensibilidad relacional, en la capacidad de percibir cómo nuestros actos afectan el equilibrio del entorno y de los demás.

Lo importante no es seguir un mandato abstracto sino mantener la armonía, que en japonés se expresa con la palabra *wa*, una de esas palabras que no tienen traducción perfecta porque el concepto mismo no existe con la misma claridad en otros idiomas.

*Wa* no es la ausencia de conflicto. Es algo más dinámico y más difícil: el equilibrio activo entre fuerzas diversas, la tensión sostenida que permite que distintas realidades coexistan sin que ninguna destruya a las demás. Es una ética de la relacionalidad, no de la norma.

## LOS SANTUARIOS

### La naturaleza como santuario

Si hay un elemento del sintoísmo que habla directamente a las preocupaciones del mundo contemporáneo es su relación con la naturaleza. En una época en que el cambio climático, la pérdida de biodiversidad y la degradación de los ecosistemas han convertido la relación entre el ser humano y el mundo natural en una crisis existencial, la perspectiva sintoísta ofrece no exactamente soluciones técnicas sino algo quizás más necesario: una manera diferente de mirar.

En el sintoísmo, la naturaleza no es un recurso. No es un escenario. No es un objeto de estudio ni un conjunto de materiales disponibles para el uso humano. Es una realidad sagrada en sí misma, habitada por *kami*, digna de respeto no porque sea útil sino porque es.

Esta sacralidad no procede de una idealización romántica: procede del reconocimiento de que la vida humana está tejida en la misma trama que la vida del bosque, del río, del cielo, y que esa trama no puede deshacerse en ninguna parte sin que todo lo demás resulte afectado.

Los santuarios sintoístas, esas estructuras de madera que se dispersan por todo Japón desde los bosques de cipreses de las montañas hasta los barrios de las ciudades, expresan esa relación de manera arquitectónica.

A diferencia de las catedrales europeas, que se imponen sobre el paisaje afirmando la superioridad del proyecto humano sobre la naturaleza, los santuarios sintoístas suelen integrarse en su entorno, respetando la topografía, los árboles, el curso de las aguas.

El edificio sagrado no pretende dominar el paisaje sagrado: es una respuesta al paisaje, una manera de reconocer que lo sagrado ya estaba ahí antes de que el ser humano llegara y seguirá estando después.

Este pensamiento es lo que algunos filósofos contemporáneos reconocen como una forma temprana e intuitiva de ecología profunda: la idea de que los ecosistemas tienen un valor intrínseco independiente de su utilidad para los humanos, y que la ética ambiental no es una extensión opcional de la moral humana sino su fundamento.

## EL YO

### Que no está solo

En la filosofía occidental moderna, especialmente desde Descartes, el individuo es el punto de partida de todo: pienso, luego existo. La identidad se construye desde adentro hacia afuera, y la relación con los demás es algo que se añade a un yo que ya existía antes de esa relación. El sintoísmo propone exactamente lo contrario.

En la visión sintoísta, el ser humano no existe como individuo autónomo antes de sus relaciones: existe dentro de ellas y a través de ellas. La identidad no es algo que se tiene sino algo que se teje continuamente en el intercambio con el entorno, con la comunidad, con los antepasados y con los descendientes. El yo sintoísta no es un punto sino un nodo en

una red, y su valor no proviene de su autonomía sino de la calidad de sus conexiones.

Esto explica la importancia central de los rituales colectivos en el sintoísmo. Las festividades, las ofrendas, las ceremonias comunitarias que jalonan el calendario japonés no son simplemente actos de devoción individual: son la manera en que la comunidad se reconoce a sí misma como comunidad, reafirma sus lazos, honra a quienes vinieron antes y asume la responsabilidad hacia quienes vendrán después.

La muerte no es, en el sintoísmo, un punto final: es una transformación de presencia. Los antepasados siguen siendo parte de la comunidad, sus memorias y sus acciones continúan operando en el mundo de los vivos, y honrarlos es una manera de mantener viva esa continuidad.

## UNA TRADICIÓN

### Que también ha sido usada como arma

Sería deshonesto presentar el sintoísmo como una tradición de paz y armonía sin mencionar que, como toda tradición humana, ha sido instrumentalizada. En el siglo XIX, durante el proceso de modernización acelerada que Japón emprendió tras la Restauración Meiji, el Estado japonés construyó lo que los historiadores llaman el sintoísmo de Estado: una versión ideológica y politizada de la tradición que la convirtió en herramienta de legitimación del poder imperial y, más tarde, de justificación del militarismo expansionista que culminó en la Segunda Guerra Mundial.

Esta instrumentalización tomó una tradición basada en la armonía y la integración y la convirtió en ideología de superioridad y exclusión. Tomó la veneración de los antepasados y la transformó en culto al Emperador como dios viviente. Tomó el amor por el paisaje japonés y lo convirtió en argumento para la conquista de otros paisajes.

El resultado fue una de las deformaciones más dolorosas del siglo XX, que terminó en la derrota de 1945 y en el desmantelamiento, por mandato de las fuerzas de ocupación estadounidense, de las estructuras institucionales del sintoísmo de Estado.

Esta historia no invalida la tradición: la complejiza. Y plantea una pregunta filosófica genuina que el sintoísmo en su forma más auténtica no tiene respuesta fácil para dar: ¿puede una ética basada en la armonía y la sensibilidad relacional, sin principios explícitos que la regulen ni dogmas que la anclen, resistir la manipulación de quienes la quieren usar para fines que la traicionan?

Es una pregunta que cualquier tradición debería hacerse, pero que el sintoísmo, por su propia naturaleza no dogmática, enfrenta de una manera especialmente directa.

## EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

### Lo que el sintoísmo dice actualmente

El sintoísmo no pretende ser una respuesta universal. No tiene vocación misionera, no aspira a convertir a nadie, no afirma poseer la verdad que todos deberían adoptar. Esa modestia, que podría parecer una debilidad, es en realidad una de sus características más filosóficamente interesantes en un mundo saturado de certezas absolutas.

Lo que sí ofrece es una manera de pensar que resulta notablemente pertinente para algunos de los problemas más urgentes del presente. En un mundo que ha construido su desarrollo sobre la explotación de la naturaleza, el sintoísmo recuerda que la naturaleza no es un recurso sino una realidad sagrada.

En una cultura que glorifica la autonomía individual hasta el punto de producir epidemias de soledad, el sintoísmo recuerda que el yo es fundamentalmente relacional. En una civilización que ha separado lo espiritual de lo cotidiano hasta hacer de la espiritualidad un lujo o una extravagancia, el sintoísmo recuerda que lo sagrado no vive en ningún lugar especial sino en la textura misma de la vida ordinaria.

No ofrece respuestas sistemáticas. No promete salvación. No resuelve el problema del mal ni explica el sentido del sufrimiento con la claridad que otras tradiciones han intentado alcanzar. Lo que ofrece es una actitud: la de quien sabe que vive en un mundo vivo, que ese mundo merece respeto y cuidado, y que la existencia humana no es un dominio sobre ese mundo sino una participación en él.

Hay una escena que ocurre millones de veces al año en Japón y que resume mejor que cualquier argumento filosófico lo que el sintoísmo es. Un hombre o una mujer se detiene frente a la entrada de un santuario, tira de la cuerda que hace sonar el cascabel, da dos palmadas, se inclina en silencio.

Nadie sabe exactamente qué está pensando o sintiendo en ese momento: quizás nada que pueda nombrarse.

Quizás simplemente una pausa, un reconocimiento de que hay algo más grande que uno mismo y que ese algo merece un momento de atención.

En esa pausa está, quizás, lo esencial del sintoísmo.

No es una doctrina.

Es una práctica.

No es una respuesta.

Es una manera de preguntar.

## CONTRASTE RADICAL

### Lo que el sintoísmo revela frente a Occidente

Hay un punto en el que la comparación entre el sintoísmo y las tradiciones occidentales deja de ser una cuestión de diferencias superficiales y se convierte en algo más profundo: una divergencia en la manera misma de entender qué es la realidad. No se trata de que una

tradición tenga más dioses o menos, más rituales o menos, más textos o menos. Se trata de que parten de intuiciones distintas sobre lo que significa existir.

En la mayor parte del pensamiento occidental, incluso en sus formas más críticas, la verdad tiende a concebirse como algo que se descubre mediante explicación. Comprender es explicar, descomponer, analizar, identificar causas y principios. El mundo se vuelve inteligible en la medida en que puede ser organizado en conceptos, en sistemas, en estructuras que lo hagan manejable para la mente.

En el sintoísmo, en cambio, la verdad no se presenta como algo que deba explicarse sino como algo con lo que se entra en relación. No se trata de entender la montaña, sino de reconocer su presencia. No se trata de reducir el río a un conjunto de leyes físicas, sino de percibir que hay en él algo que exige una forma de atención distinta. La verdad no es tanto una propiedad del conocimiento como una cualidad de la relación.

Este contraste no es menor. Implica dos maneras de habitar el mundo. Una que busca dominarlo mediante el conocimiento, otra que busca integrarse en él mediante la sensibilidad. Una que separa sujeto y objeto para poder conocer, otra que los mantiene en continuidad para poder reconocer.

No se trata de elegir una sobre la otra. Se trata de entender que no son equivalentes, y que el mundo moderno ha privilegiado una de ellas casi hasta el punto de olvidar que la otra es posible.

## LA PREGUNTA INCÓMODA

### Lo que el sintoísmo no resuelve fácilmente

Toda tradición que pretende describir una forma de estar en el mundo debe enfrentarse, tarde o temprano, a sus propios límites. El sintoísmo no es una excepción. Su riqueza, precisamente por no ser doctrinal, deja abiertos problemas que no siempre puede responder con claridad.

Si todo es sagrado, ¿qué impide que todo sea igualmente indiferente? Si no hay una distinción clara entre lo divino y lo humano, entre lo correcto y lo incorrecto en términos absolutos, ¿cómo se establece un criterio cuando las acciones humanas rompen el equilibrio de manera grave?

La ética del wa, de la armonía, funciona de manera extraordinaria en comunidades que comparten códigos implícitos y prácticas heredadas. Pero ¿qué ocurre cuando esos códigos se fracturan, cuando el conflicto no puede resolverse mediante negociación simbólica, cuando hay violencia estructural que no puede ser absorbida por la relacionalidad?

El sintoísmo no ofrece una teoría sistemática para esos casos. No tiene una noción fuerte de justicia abstracta ni un principio universal que pueda imponerse sobre las relaciones concretas. Esto no lo invalida, pero sí señala un límite: su capacidad de responder depende de que el tejido relacional no esté completamente roto.

Y cuando lo está, el sintoísmo guarda silencio.

## EL LÍMITE

### Donde la armonía no basta

La historia del sintoísmo de Estado muestra con claridad que ninguna tradición está a salvo de la instrumentalización. Pero más allá de ese episodio histórico, hay una cuestión más profunda.

Una ética basada en la armonía puede ser extraordinariamente eficaz para sostener comunidades estables, pero puede resultar insuficiente frente a estructuras de poder que no buscan armonía sino dominio. La sensibilidad relacional, sin una capacidad crítica que la acompañe, puede convertirse en adaptación.

El problema no es que el sintoísmo ignore la violencia. Es que no siempre dispone de las herramientas conceptuales para confrontarla cuando adopta formas sistemáticas.

Esto plantea una tensión real: la misma cualidad que hace del sintoísmo una tradición profundamente humana —su flexibilidad, su ausencia de dogma, su apertura— es también lo que puede volverlo vulnerable cuando enfrenta formas de organización que operan con lógicas más rígidas y más agresivas.

No es una falla. Es una característica.

## EL PRESENTE GLOBAL

### Una posibilidad olvidada

A pesar de esos límites, o quizás precisamente por ellos, el sintoísmo ofrece algo que el mundo contemporáneo necesita con urgencia: no una solución técnica, sino una reorientación de la mirada.

En un mundo que ha convertido la naturaleza en recurso, el sintoísmo recuerda que la naturaleza es relación. En una cultura que ha llevado la autonomía individual hasta el aislamiento, recuerda que el yo no existe fuera de sus vínculos. En una civilización que ha separado lo sagrado de lo cotidiano, recuerda que no hay tal separación.

Pero lo más importante es esto: el sintoísmo no es una peculiaridad japonesa. Es una forma posible de lo humano que ha sido desplazada, no eliminada.

Lo que aparece en Japón con claridad histórica es algo que en otras culturas existió y que en muchos casos fue sustituido por modelos más sistemáticos, más centralizados, más orientados al control. El sintoísmo es, en ese sentido, no solo una tradición local, sino una memoria de otra manera de habitar el mundo.

No propone volver atrás. Propone recordar que no hay una sola manera de estar aquí.

## SÍNTESIS

### La forma de estar sin dominar

Si hubiera que reducir todo lo anterior a una idea única, no sería una definición del sintoísmo. Sería una forma de experiencia.

El sintoísmo no dice qué creer. No dice qué pensar. No dice qué es la verdad en términos abstractos.

Dice, más bien, cómo estar.

Estar atento.

Estar presente.

Estar en relación.

Estar en un mundo que no es un objeto frente a nosotros, sino un tejido del que formamos parte.

La escena del santuario, esa pausa breve en medio de la vida cotidiana, no es un gesto religioso en el sentido occidental.

Es una interrupción del automatismo. Un momento en que el ser humano recuerda que no es el centro, que hay algo más amplio en lo que está inscrito, y que ese algo no necesita ser comprendido para ser reconocido.

Esa pausa no resuelve nada.

Pero cambia la manera en que todo puede ser vivido.

Y quizás eso, en un mundo que ha aprendido a explicarlo todo sin saber ya cómo habitarlo, es lo más cercano a una respuesta que una tradición puede ofrecer.